L Pseud D

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMATICA.

LOS DINEROS DEL SACRISTAN...

PASILLO CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL ZARZUELA ANTES MARTINEZ. (pseud)

this is not the play by
since it is a pseud. de Larra y Osorio

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1879.

1.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. LORRAS

N.º de la procedencia
2709

LOS DINEROS DEL SACRISTAN...

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/losdinerosdelsac00rafa

LOS DINEROS DEL SACRISTAN...

PASILLO CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ORIGINAL DE

DON RAFAEL ZARZUELA ANTES MARTINEZ.

Representado por primera vez en el Teatro de la COMEDIA de Madrid el 12 de Noviembre de 1879.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1879.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA BRÍGIDA	Sra. D.ª Cármen Calmarino.
PURITA	Srta. D.ª Eloisa Gorriz.
JUAN	D. Julian Romea.
ARTURO	D. Ramon Rosell.
NIHUET	D. Rafael Jover.
GIL	D. Fernando Viñas.
CASADO	D. José Rubio.

Época actual.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.
El autor se reserva el derecho de traduccion.
Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

AL SEÑOR

DON ENRIQUE FORT Y GUYENET,

ARQUITECTO.

Lo mismo habiendo sido bueno, que no siéndolo, te hubiera dedicado, como te dedica, este pasillo

Tu cariñoso amigo,

RAFAEL.

862.8
T253
v.36

722109

ACTO ÚNICO.

El teatro representa un sotabanco, con puerta al fondo y en primer término de la izquierda. Cerca de esta hay una mesa de pino con un mal tintero, una palmatoria cuya bugía está casi gastada; varias cuartillas de papel y unos cuantos diarios. Al lado de la mesa una silla vieja y desvencijada. En la derecha, un catre con ropa de cama conveniente; y detrás de él, en el lienzo de pared, un armario de pino muy estropeado. En el resto de la habitacion, que no contiene ningun otro mueble, hay repartidos algunos efectos, como son: un baul, una sombrerera de carton y un paraguas. Colgado de un clavo un sombrero de copa.

ESCENA PRIMERA.

Al levantarse el telon aparece JUAN tumbado en el catre, vestido con un traje sumamente raido y con calzado deslustrado y malo.

JUAN. (Llamando.) Arturo!... Arturooo!

ART. (Dentro.) Ya voy!... Qué fastidiar!... (Pausa.)

JUAN. Arturoooooo!

ART. (Dentro.) Dale! (Saliendo.)

JUAN. Pero, Arturo!

ART. Pero... demonio!

JUAN. ¿No me dijiste que te llamara?

ART. Pero o tan temprano. Qué hora es?

JUAN. Cerca de la otra.

ART. ¿Cómo?

JUAN. Hace mucho rato que dió la una en la Puerta del Sol, sin permiso de Losada.

ART. Pues ahí me las den todas. ¿Á qué viene este madrugon?

JUAN. Madrugon! á la una de la tarde! Chico, en cuanto te levantas un poco ántes de lo regular, te pones insoportable.

ART. Y con razon. Despertarme cuando más tranquilamente dormía!... Y cuando soñaba!...

JUAN. Algun disparate?...

ART. No, señor. Que nos caía...

JUAN. Una teja?

ART. No es mala teja! La lotería!

JUAN. Sin echar?

ART. Echando.

JUAN. Veamos.

ART. Vas á ver. Cuando anochecía, encontré á mi director, y me pagó el artículo del martes.

JUAN. Dos pesetas?

ART. Qué listo! Un duro!

JUAN. De esos entran pocos en libra!

ART. Lo primero que se me ocurrió, fué...

JUAN. Comer?

ART. No das una en el clavo. Perico, á las cuatro de la tarde, me había cedido media racion de riñones de los de uno sí y otro no, salteados quiero decir, y estaba satisfecho. Lo que se me ocurrió fué tomar una taza de café y una copita de Chinchon.

JUAN. No veo la tostada.

ART. No es fácil, porque me la comí yo; pero vas á oir el final del cuento. Fumando y charlando me retiraba á casa tempranito, aún no había amanecido, cuando una chiquilla, ni tuerta ni coja por cierto, decía á voz en cuello: «Mañana se sortea...» Ese mañana es hoy. Has oido pregonar la lista grande?

JUAN. No he oido nada. Acabarás?

ART. Ten paciencia. Seguía á grito herido: «El treinta y nueve pelado! Qué bonito número, jugadores.» Y al pasar yo: «Señorito, cómpremelo usted.»—Deja.—«Que le va á usted á tocar.»—Quita.—«Ande usted.»—Ya ando. En esto me metió la mano en el pecho y me sopló el décimo en el chaleco. Yo aún me resistía, pero arriba y abajo, y en fin, que por quitármela de encima, me quedé con el premio gordo por tres pesetas y otra que le dí de propina, únicas que me quedaban.

JUAN. Valiente negocio!

ART. Si nos cae, no es malo. Quieres tú decirme si nos quedan otros medios? En la ruleta ya sé yo que la suerte es más igual, pero de meterse á jugador...

JUAN. Sí. Ser un jugador patriótico. Haces bien. Despues de todo, no nos quedan mas recursos. Tú te matas á escribir para ser víctima obligado de condenados usureros... y yo... yo sirvo ménos que tú.

ART. Bah! Con tu corazon!

JUAN. Eso sí. Más grande que la plaza de toros.

ART. Valiente Miura está el editor Nihuet!

JUAN. ¿Ayer no le capeaste con fortuna?

ART. Le dí el quiebro en el mismísimo testuz. Pero él siempre querencioso. (Suena la campanilla.)

JUAN. Has oido? (Vuelven á llamar.)

ART. El editor!

JUAN. Déjamelo á mí. (En el camino de la puerta, simulando un brindis.) Por usía, por toda la compañía! Cuando te avise, sales para diñarle la puntilla.

ART. Pues me voy á la barrera. (Se esconde en la puerta izquierda y sale en seguida.)

ESCENA II.

JUAN, CASADO, ARTURO.

JUAN. Me parece que viene usted equivocado... Pase usted... pase usted...

CAS. No me dice usted que se llama don Juan?...

JUAN. Mejor.

CAS. Bueno!

JUAN. Bueno, no. Mejor.

CAS. Justo. Don Juan Mejor.

ART. (Saliendo.) Servidor de usted.

JUAN. Mi amigo Arturo Carrasco. El señor... (Haciendo la presentacion.)

CAS. Casado...

ART. Con quién?

CAS. De apellido. Notario y escribano de actuaciones del juzgado de este distrito.

JUAN. Dice el señor que viene buscándome, y yo no recuerdo que tenga nada que ver con un escribano.

CAS. Pues qué? ¿Nada han sabido ustedes de la muerte? (Sensacion en Juan y Arturo.)

ART. ¿Alguno que nos ha citado como testigos?

JUAN. Yo, lo más que he presenciado en mi vida ha sido una riña; y para eso sin consecuencias...

ART. Es verdad. Yo se lo explicaré á usted. Salíamos...

CAS. Permítanme ustedes... Quizás he cometido una imprudencia... Usted no tenía un tio en Oviedo? (Á Juan.)

JUAN. Un hermano de mi madre? Sí, señor... Sacristan de la catedral! Sacristan mayor, se entiende... Cuando era yo niño le ayudaba á limpiar las gotas de cera de todos los altares... Pero de esto hace un siglo!...

CAS. Entónces, repito, que tal vez ha sido una imprudencia...

ART, Pero qué es ello?...

CAS. Que ese señor... ha muerto!

JUAN. Acabára usted... ¡Muchos años que nos lleve delante! (Con mucha frescura.)

CAS. Y le ha dejado á usted un legado.

JUAN. Qué bueno era! (Afectando pena.)

CAS. Aquí traigo una copia simple del testamento. Soy el encargado de cumplirlo. (Sacando un legajo y dándoselo á Juan.)

JUAN. Dispénseme usted... no estoy para leerlo... Estas cosas me afectan demasiado! Arturo nos hará el favor... Pero ¿no toma usted asiento? (Con risa disimulada. Casado nntrega el legajo á Arturo.)

CAS. Muchas gracias. Estoy bien así. (No hallando donde sentarse, porque Arturo oculta la silla.)

JUAN. Aquí mismo. (Le da la sombrerera.)

CAS. Y ustedes van á permanecer en pie? Yo no consiento...

ART. El maldito del tapicero!... Esperando la sillería de damasco todos los dias... (Acerca el catre y se sientan los tres, de modo que quede enmedio Casado. Leyendo.) «Una casita cuya entrega se te debe de hacer en la Coruña.»

JUAN. (Á Casado.) ¿De mucho valor?

CAS. Le costaría á uste d el viaje más que vale la finca.

ART. Entónces te aconsejo que no tomes posesion.

JUAN. Eres un sabio.

ART. Queda otra partida que asciende en metálico á once mil doscientos reales.

JUAN. Once mil doscientos!! Ay! (Dan un salto los dos y vuelcan el catre de modo que quede Casado debajo de las ropas.)

CAS. (Sentándose asustado.) ¿Se ha hecho usted daño? (Á Juan.)

JUAN. No ha podido ménos de conmoverme este golpe!

ART. El del tio!

JUAN. No, el del catre!

CAS. (Yendo á la mesa. Saca de un pañuelo varios billetes de banco y monedas que irá depositando sobre la mesa.) Cuente usted. Un billete de mil pesetas. Otro de quinientas... Tres de ciento y cuatro de cincuenta: mil en oro y mil en plata, total...

ART. Justos... diez mil reales.

JUAN. De modo que hasta once mil doscientos, faltan...

CAS. No falta nada. La cuenta de mis honorarios. (Le entrega un recibo.)

JUAN. Suma mil doscientos reales!

ART. Es barato!

CAS. En casa somos muy arreglados.

JUAN. Ya se ve!

CAS. Conque, señor... Notable. (Despidiéndose.)

JUAN. Mejor.

CAS. Ah! si... Señor Sobresaliente...

JUAN. Mejor.

CAS. Mejor que sobresaliente?

JUAN. Sencillamente... Mejor.

CAS. Usted dispense... Si ustedes no me mandan otra cosa.

JUAN. Me alegro mucho de que la muerte de mi tio me haya proporcionado el placer...

ART. Esta casa está á su disposicion, y si ocurre un caso análogo no dude usted en volver.

CAS. Muchas gracias. Que ustedes lo pasen bien. (Le acompañan hasta la puerta.)

ESCENA III.

JUAN, ARTURO.

ART. Esto es una riqueza! Anda y que nos tosa Rostchild!

JUAN. Ya tenemos para vivir desahogadamente, lo ménos un año... ¿qué digo? Y tambien dos!

ART. Calla, hombre. Esto no se acaba nunca. Pero... Pensemos en serio. ¡Qué hacemos de tantos cuartos?

JUAN. En serio? Lo mejor es entonarles un responso.

ART. Vale más el himno de Espartero. Estoy inspirado. (Arturo canta la siguiente copla que le acompaña Juan tarareando.

Si el dinero de los sacristanes
se ha dignado venir por acá...
Ya veremos las gotas de cera
hasta donde nos alumbrarán...
ya veremos las gotas de cera...
ya veremos las gotas de cera...
Ya veremos las... (1)

JUAN. Sublime! Sublime! Pero volvamos á nuestro propósito. Qué hacemos?

---

(1) Los actores pueden variar este himno por otro canto; los señor Romea y Rosell parodian aquí admirablemente á los concertistas suecos.

ART. Ya que no te gustan las cosas en serio, fundaremos un periódico.

JUAN. Hombre, no desprestigies la clase. Al fin, perteneces á ella.

ART. Pues, por eso...

JUAN. Rechazado el plan...

ART. Á tí nada te acomoda.

JUAN. Creerás que me asaltan pensamientos buenos y honestos.

ART. Tú estás enfermo!

JUAN. Si me casara con tu prima Purita!...

ART. Decididamente, voy á avisar á la casa de socorro.

JUAN. Estoy chiflado!

ART. Ya se te conoce.

JUAN. Nunca le pagaré tantas pruebas de amor!

ART. Nunca? Acaso podías ofrecerle palacios ni riquezas? Y el caso es que la chiquilla, no porque sea mi prima en grado enésimo, lo merece. En primer lugar, es una barbiana... hasta allí. Y tiene unos ojos... hasta allá!

JUAN. Y qué nariz! Digo! y qué boca! Qué dientes!

ART. Y qué cuerpecillo!

JUAN. Dónde te dejas los lunares? Y...

ART. Basta. Has entrado en reaccion. No aviso al médico.

JUAN. Propongo que inauguremos nuestros triunfos con un almuerzo para los tres.

ART. Aceptado.

JUAN. Tú la avisarás.

ART. Por qué no?

JUAN. Mejor pensado. Iré yo.

ART. Como quieras.

JUAN. Al avío. Horror! (Al coger el sombrero.)

ART. Qué te ha picado?

JUAN. Míralo, rojo de vergüenza al considerar que va á cubrir la cabeza de un acaudalado heredero.

ART. De lo que está rojo es... de viejo.

JUAN. Lo cambiaré por otro flamante.

ART. Buena idea! Hombre, buena idea! Hasta tus botas se

están riyendo de ella.

JUAN. Pues no me hace gracia esta risita. Las renovaré tambien. Conque... abur! Vamos. ¿Qué quieres ahora? Toma la mitad. (Recogiendo el dinero.)

ART. Para qué? Me voy á quedar en casa.

JUAN. Siquiera... este billetito! Puedes necesitar...

ART. Qué me ha de ocurrir? (Tomándolo.)

JUAN. El resto en el bolsillo.

ART. Los diez mil reales te llevas?

JUAN. Si creerás que los voy á perder ó que me los deje timar por un paquete de bujías?... Nuestra fortuna!

ART. Adios!... Ah! Dile á esa vieja de portera que tiene que hacer un recado.

JUAN. Bueno. (Váse.)

ESCENA IV.

ARTURO arreglando las cuartillas que están encima de la mesa.

ART. No hay que desvanecerse, Artur ito mio! Un puñado de dinero! Aunque este puñado sea grande! Y la gloria? Oh, si! la gloria, despues de las mujeres, es la aspiracion más sublime del hombre. Escrita esta novela. (Por las cuartillas.) Quién me quita el colaborar en la *Ilustracion Española y Americana?* Y luégo... Quién sabe? No vacará una plaza en la Academia?

ESCENA V.

ARTURO, DOÑA BRÍGIDA.

BRIG. ¡Maldita sea la hora en que mis pecados!...

ART. Hola! sublime cancerbero!

BRIG. No empiece usted con motes.

ART. Cómo ha entrado usted?

BRIG. Por la puerta. Cómo había de entrar? Estaba barriendo el último tramo cuando ha salido su compañerito... Dime con quien andas...

ART. Ah! sí. Y usted venía para...

BRIG. ¿Es esta toda la prisa que usted tiene? ¡Reniego de mi suerte y de...

ART. Por qué ha de andar usted siempre dada á los diablos?

BRIG. Es verdad, yo no sé cómo trato con gentes como ustedes.

ART. Pero, doña Brígida!...

BRIG. No crea usted que con lo de *doña* me van ustedes á engatusar. Mucho que venga y que vaya; ayer préste-me usted un par de duros, hoy tráigame usted una chica... de cerveza, no me interrumpa usted. Ya sabe usted que yo no sirvo para otras cosas. Y aún no he visto ni media peseta. Si yo se lo cuento al señorito...

ART. Al dueño de la casa?

BRIG. Sí, señor. Al fin es hijo de su padre. Y como su padre me tuvo muchos años á su servicio...

ART. No, lo que es usted hace veinte años no sería del todo fea.

BRIG. No sé que tenga que ver nada mi hermosura con mis servicios.

ART. Pensaba...

BRIG. Pues, muy mal pensado. Y vuelvo á decir que si yo doy parte, van ustedes á salir á la calle. ¡Canario con los... Vaya una vida! Ni comen ustedes en casa! Ni aquí hay nada que se pueda decir arreglo! Y buen modo de pagarme el que yo les haga el cuarto! Caramba con los señoritos! ¡El diablo de...

ART. Cálmese usted. Todo se andará!

BRIG. Pero no se anda nunca! Yo tengo mucha paciencia, pero por vida de mi!... Para esto me ha llamado usted?

ART. No, señora. Usted es capaz de sacar de quicio á cualquiera. (Recogiendo unas cuartillas.) Hágame usted el favor de llevar estas cuartillas á la *Temperatura*.

BRIG. Ese diario que sale siempre echando chispas?

ART. Justamente. Muy propio para el invierno.

BRIG. Acaba usted?

ART. Si no lacro el pliego se le van á caer á usted. (Mete las cuariillas en un sobre y lo lacra y se lo entrega á Doña Brígida. Apaga la vela y deja los fósforos en la palmatoria.)

BRIG. Hemos concluido?

ART. Aún no.

BRIG. Mala peste!...

ART. Buena pasta la de usted! Cuando salga la lista grande la compra usted y me la sube.

BRIG. Como si fuera un perro!

ART. Hidrófobo!...

BRIG. Otro mote! ¡Cuidado con... Vengan dos cuartos.

ART. No tengo suelto.

BRIG. Ni atado! ¿Ha visto usted alguna vez cinco pesetas en una pieza?

ART. Y cincuenta! Qué tal el billetito? (Enseña el que ántes le dejó Juan.)

BRIG. Es falso?

ART. No merecía usted que se lo diera.

BRIG. Voy á ver si lo paso! Reniego de... (Lo coge y se marcha.)

ESCENA VI.

ARTURO, á poco JUAN que lleva sombrero y calzado nuevo, reló con cadena poco visible; un lio de ropa bajo el brazo y dos botellas de licor en la mano.

ART. Decididamente, si yo pensase casarme lo haría con doña Brígida. Ella es más vieja que la Cuesta de la Vega! pero en cambio tiene un carácter dulce y apacible...

JUAN. (Saliendo.) ¡Reniego de...

ART. Tú has debido encontrarte con la portera! Pero calle, Qué transformacion! Pareces un director cuyo nombramiento haya salido hoy en la *Gaceta*.

JUAN. De veras?

ART. Qué sombrero y qué botas!

JUAN. Qué traje!

ART. Y ese reló?

JUAN. En la calle de Sevilla, garantizado... Es una ganga!

(Se lo quita y lo pone en la mesa.)

ART. Y esas botellas? (Juan las deja sobre la mesa.)

JUAN. Magnífico cognac y excelente anisete.

ART. Vaya! Abre el cognac y apuremos una copa á la salud del difunto.

JUAN. Copa precisamente? (Saca del armario un vaso y un martillo.)

ART. Un vaso, cualquier cosa! Despacha pronto!

ART. Bonito tirabuzon! (Cogiendo el martillo.)

JUAN. Medalla de oro en París. Es el más expedito. (Rompe la boca de la botella con el martillo.)

ART. (Sirviéndose y apurando un trago.) Confortable! Pero, hombre, si no me canso de mirarte! Pareces un duque.

JUAN. Pues chico, por cuarenta y dos duros te puedes transformar en otro duque como yo. Toma. Demonio! (Registrándose los bolsillos.)

ART. Qué te sucede?

JUAN. Lo he perdido!!!

ART. El qué?

JUAN. Qué ha de ser? El dinero!!

ART. Tranquilízate. Qué traje llevas?

JUAN. Ay! qué peso me has quitado de encima! (Toma el dinero del lio de ropa que sacó ántes.) Perderlo no me hubiera importado. Pero confesarme robado!... En fin, ya ha pasado el susto. Ahí van los cuarenta y dos duros.

ART. Pero...

JUAN. No repliques.

ART. En marcha. (Tomando el dinero y yéndose.)

JUAN. Oye, oye. Para qué he de salir yo? Pásate por casa de Purita y encarga el almuerzo en Fornos. Qué podrá valer?

ART. Yo esas cosas no las conozco más que de oidas.

JUAN. Bastarán dos billetes de cuatrocientos? (Se los entrega á Arturo.)

ART. Con esto soy capaz de encargar que nos presenten asado... al rey de los zulús!

JUAN. Que no tardes. Deja la puerta abierta.

ART. Llevo la llave.

JUAN. No importa. Hoy podemos temer ménos á los ingleses que el mismo Cetewayo. (Arturo se marcha tarareando el himno de Espartero.)

ESCENA VII.

JUAN.

Gran dia! Gran dia se nos prepara! Y si fuera este sólo Pero decir que es el comienzo, nada más, de una era feliz! Hoy Fornos!... Mañana... Es necesario un contraste: mañana una merienda en la Fuente de la Teja... pasado!... Oh! pasado...

ESCENA VIII.

JUAN, GIL, por el fondo.

GIL. Juan!

JUAN. Gil. (Con sorpresa, pero con efusion.)

GIL. Yo mismo! Qué te sorprende!

JUAN. Como hace tanto tiempo que no nos veíamos!

GIL. Bastante trabajo me ha costado hallar tu paradero!

JUAN. Dónde te has metido?

GIL. Dónde? En la Deuda. Yo no salgo de la Deuda. (Con tono compungido.)

JUAN. Y á qué has ascendido?

GIL. Yo no he ascendido! Quien ha ascendido es la deuda; es decir, la mia; porque la oficina sigue en el mismo piso. Sólo que yo no he pasado de auxiliar de cuatro mil reales, que con el descuento se reduce á poco más de dos pesetas diarias. Y ya ves, con una mujer fecunda que en seis años me ha largado nueve criaturas, gracias á dos partos dobles, no es posible vivir. Afortunadamente se me han muerto cinco.

JUAN. Afortunadamente!

GIL. Sí, hombre. Una mujer y cuatro hijos son bastantes para causar la desesperacion de cualquier empleado del gobierno. (Pequeña pausa.) Tú, en cambio, sigues hecho un paquete.

JURN. Un poco de suerte! (Con cierta petulancia.)

GIL. Qué licor es este? (Reparando en la botella.)

JUAN. Pruébalo. (Ofreciéndole el vaso medio lleno.)

GIL. ¡Gran Cruz de Isabel la Católica! (Vaciándolo de un trago.)

JUAN. Cómo!

GIL. Quiero decir: excelentísimo señor cognac!

JUAN. Me animas! (Alargándole el vaso.)

GIL. Toma una copa y te serviré.

JUAN. Aquí mismo. Quiero averiguar tus secretos. (Gil le sirve despues de beber.) No es malo el indino!

GIL. Qué secreto mio has averiguado?

JUAN. Ninguno.

GIL. Pues mira, yo creía que habías visto en el fondo del vaso á mi mujer y á mis cuatro hijos.

JUAN. Horror!

GIL. Sí, horror! Esa es la palabra!

JUAN. Chico, á las desgracias ancho pecho.

GIL. Es verdad. Tú tienes un gran corazon.

JUAN. Si no, qué tendría?

GIL. Tú no te mostrarás indiferente á la desgracia que me agobia.

JUAN. Vuelves á las penas?

GIL. Yo no puedo vivir en mi casa. Yo me voy á pegar un tiro. Al casero le debo un trimestre, á la verdulera veinticinco arrobas de patatas, y hace tiempo que para guisar y para alumbrarnos no hemos gastado más que una libra de aceite. La última peseta la empleé en procurarme los polvos para hacer sardinas, que resultaron pamplinas.

JUAN. Y por eso te apuras tanto? Qué es lo que necesitas?

GIL. Despues de todo, no es mucho. Es decir, para tí, pero para mí es un capital.

JUAN. Un capital?

GIL. Doscientos por una parte, doscientos cincuenta por otra y ochenta y... en fin, unos veintiocho duros.

JUAN. Vaya! Aquí tienes un billete de veinte duros y dos monedas de á cinco.

GIL. Eso es sobrado. (Se desvanece y Juan le apoya en su brazo.)

JUAN. Calla! No vale la pena...

GIL. Qué no vale! Y es mi salvacion! Dónde podría haber encontrado tanto dinero?

JUAN. Una miseria! Y por un amigo de la infancia!...

GIL. Un millon de gracias.

JUAN. Quieres callarte? (Campanilla.)

GIL. Mi deuda y mis cuatro hijos, y yo estaremos á tu disposicion. (Con el licor que ha bebido toma una actitud aun más sentimental.)

JUAN. No tanto!

GIL. Mil gracias, otra vez!... Mis hijos, mi mujer, mi deuda...

JUAN. Á mi disposicion! Bien, hombre, bien; no te apures. (Gil se marcha. Mientras abre se oye llamar de nuevo.)

JUAN. No hay duda. Este sí que es el editor!

ESCENA IX.

JUAN, NIHUET.

NIHUET. *Salutem plurimam!*

JUAN. (Empieza hablando latin... como de costumbre,

NIHUET. Me pensaba que no querían abrir.

JUAN. Tiene usted mucha prisa?

NIHUET. Á ver. El señor de Carrasco?

JUAN. Ha salido.

NIHET. No me venga osté á mí con esas: que demasiado conozgo que es una excusa roin y ya se me va acabando la pasensia.

JUAN. Le repito á usted que Arturo no está en casa. Pero yo estoy aquí.

NIHUET. Qué tengo yo que ver con osté?

JUAN. Yo le voy á abonar á usted su cuenta.

NIHUET. Esas serán palabras.

JUAN. Son hechos. Á cuánto asciende?

NIHUET. Á lo que osté no puede pagarme. Grasias que me cobre en alguna comedia ó sarsuela del señor de Car-

rasco. Y á eso venía, que yo no pido dinero.

JUAN. Pues eso por qué usted venía, es necesario que concluya. Matarse las noches y los dias escribiendo para recibir una miseria! Eso es atroz, insoportable.

NIHUET. Hombre, por Dios! no sé sofoque! Parese que uno roba el dinero.

JUAN. Acabemos... Á cuánto asciende?

NIHUET. Si osté se empeña...

JUAN. Lo que trato es de desempeñarme.

NIHUET. Dos mil ochosientos reales.

JUAN. Un billete de quinientas pesetas y ochocientos reales en oro... Aquí los tiene usted. (Sacando todo el dinero y dejando el billete de cuatro mil reales sobre la mesa de modo que se vea bien.)

NIHUET. Les ha caido la lotería?

JUAN. Nos ha caido lo que á usted no le importa. Afortunadamente espero que en mucho tiempo no hemos de necesitar de usted. Tome usted su dinero.

NIHUET. Le extenderé un resibito? (Guardando el dinero.)

JUAN. No se incomode usted. Otro dia, es lo mismo. (Se oye cantar á Arturo, y temiendo que este se entere de su generosidad Juan le hace seña á Nihuet para que calle.)

ESCENA X.

JUAN, NIHUET, ARTURO.

ART. Qué gran himno! Ya veremos... Hola, Nihuet. (Reparando en él.)

NIHUET. Molt contento se viene!

ART. Cuando hay trigo!

NIHUET. Es preciso ver con lo que se gasta.

JUAN. Eso es cuenta nuestra.

NIHUET. Yo lo digo, porque á ostedes no les duran nunca los dineros. Y si no á ver, que me diga el señor de Carrasco con qué se ha gastao el capital que yo le antisipé.

ART. No me acuerdo!

NIHUET. Pos yo tendría pa tres años.

JUAN. Es claro. Comerá usted virutas...

ART. Ó ratas.

NIHUET. Ahora sí que me han tocao ostedes un punto! Á mí me gusta presisamente comer bien. Miren, el otro dia ví un trosito de queso muy hermoso y dije: pa qué son los dineros? Y sin más entré en la tienda y me lo pesaron... Dos onsas pesaba! Pues cargué con él y á casa.

ART. Y no tomó usted un coche?

NIHUET. Por qué?

ART. Por el peso.

NIHUET. Me se figuraba que lo desía con otra intension. No se vaya á pensar que porque me ven á pie yo no he ido con coche alguna ves.

JUAN. Con coche! Lo creo.

NIHUET. Sin ir más lejos, cuando me fuí este verano á mi pueblo, porque han de saber que en Alcoy la horchata está un cuarto más barata que en Madrit y es muy buena; una tarde salí en el alcalde con su tartana, y por sierto que me comprometió á que vistiese á los moros.

JUAN. En Alcoy hay moros?

NIHUET. La metá del pueblo.

ART. Serán renegados.

NIHUET. Calle! Es que no saben la festa? para osequiar al patrono, una porsion de mosos se visten de cristianos y otra de moros, y hay cada batalla que es un goso. Y en cuanto que anochese, traca y cuerda en cuhetes. Este año al hijo del boticario... Zis!... Zás! Pum! se le revientan los que llevaba en la faja y lo partieron por la metá. Los valensianos nos devertimos muchísimo en la pólvora.

JUAN. Eso del farmacéutico debió de ser muy divertido!

NIHUET. Pos no crean. La funsion me costó más de mil duros.

ART. Y los llegó usted á pagar?

NIHUET. En siendo cosa de mi pueblo y en habiendo tabalet y y dolsaina, y masclets y demas opsequios religiosos ¿pa qué son los dineros?

ART. Eso digo yo. ¿Y nuestra cuenta?

NIHUET. Ya me la ha pagao su amigo, y saben que pueden disponer de mí. Ahora les deco, que tengo que haser. Vaya, *Pax vobis*... (Váse. Juan y Arturo imitan, al irse Nihuet, salidas de cohetes y fuegos de artificio, de modo que resulte una despedida muy animada.)

ESCENA XI.

JUAN, ARTURO.

JUAN. He ahí un tipo inverosímil...

ART. Que tengo abonado á plancharme las camisas puestas. (Hace accion de que le estomaga.)

JUAN. Entendido. Que te revienta! Igual me sucede á mí.

ART. Purita no viene á almorzar...

JUAN. Se aguó la fiesta?

ART. Vendrá á comer. Esto le ha parecido más sustancioso. Ademas, ahora tenía que dar una leccion de piano. En fin, ella misma te lo explicará, porque venía detrás de mí.

JUAN. Y has dispuesto la comida?

ART. He dicho en Fornos que nos reserven un gabinete... con una modificacion... He encargado cuatro cubiertos.

JUAN. Cuatro!

ART. No había otro remedio. Pura invitó á su mamá, y estas tias, es derir, mi querida tia sabe perdonar una novena, pero una comida... sería pecado mortal.

JUAN. Qué le hemos de hacer!

ART. Y el gasto es insignificante!

JUAN. Dices bien. Dentro de un par de años ya pensaremos de donde se saca.

ART. Mira á Purita.

ESCENA XII.

DICHOS, PURITA por el fondo.

JUAN. Olé! Viva la gracia!

PUR. Zalamero!

ART. Voy á disfrazarme. (Enseña el traje que debló dejar en cualquier parte cuando entró.)

PUR. Es de un gusto esquisito. (Váse Arturo puerta izquierda)

JUAN. Qué me ha contado Arturo? Qué leccion es esa?

PUR. Qué leccion ha de ser? Una de tantas como necesito dar para ganarme la vida. Soy muy desgraciada!

JUAN. Agraciada habrás querido decir. Salero!

PUR. Vente con bromas. ¿Te parece poca desgracia á los veinte años, no tener á nadie, y habérselo una de buscar?

JUAN. Eres injusta! Porque, al fin, ya eres una profesora!!

PUR. No se llama profesora... institutriz!

JUAN. Institutriz, (Remedándola.) es igual. De qué entiende una institutriz?

PUR. De todo.

JUAN. De ciencias?

PUR. Y de letras, y de arte!

JUAN. Vamos á ver. ¿Qué forma tiene la tierra?

PUR. Como una naranja.

JUAN. Ó como ese sombrero. (Señalando el suyo.)

PUR. Exacto. Sólo que aplastado por los tolos... (Mientras lo dice, hace que se junten los dos extremos de la copa.)

JUAN. Es una broma pesada! (Aún como la ha pagado el sacristan!) (Tomando el sombrero y arreglándolo.)

PUR. La tierra tiene un movimiento de rotacion. (Coge el reló por la punta de la cadena y empieza á rodarlo.)

JUAN. Qué haces?

PUR. Y otro...

JUAN. Atiende.

PUR. De traslacion. (Tira el reló al suelo.)

JUAN. Vaya una gracia! Se ha parado! (Cogiendo el reló.)

PUR. En ciencias es donde estamos fuertes.

JUAN. Te veo!

PUR. Anoche estudié un experimento físico notable.

JUAN. Hazme el favor de no ensayarlo aquí.

PUR. No se necesitan aparatos. Esta bujía basta.

JUAN. No la cojas, porque ya veo rota la palmatoria.

PUR. Sin tocarla. La enciendo, nada más. (Lo hace.) Ahora, lejitos. (Á Juan.)

JUAN. Te tiemblo.

PUR. Más lejos. (Juan se separa.) Más... (Juan se va junto al catre.) Bien; ahí quieto.

JUAN. Acaba pronto. (Sigue preocupado con la rotura del reló.)

PUR. Probablemente no sabrás que para que un objeto se queme, es necesario que haya entre él y la luz cierto espacio lleno de aire.

JUAN. No lo sé, ni tú tampoco, pero es lo mismo. Sigue.

PUR. Aquí no hay preparacion. Cojo un papel cualquiera y no se quema. (Toma el billete de cuatro mil reales que hay sobre la mesa y le aplica con las dos manos encima de la luz hasta que empieza á arder.)

JUAN. El billete de cuatro mil!!

PUR. Ay!! (Reconociéndole. Empuja sobrecogida, pero de un modo natural, la mesa que va á caer cerca de Juan y al ruido sale Arturo.)

ESCENA XIII.

DICHOS, ARTURO.

ART. Te has matado? (Á Juan.)

JUAN. Mucho peor!!

PUR. Quién se hubiera imaginado que teniais un billete de cuatro mil reales?

ART. Pero qué ha sucedido?

PUR. Que se ha quemado!

ART. Juan?

JUAN. El billete, el último dinero que nos quedaba.

ART. Aún nos resta...

JUAN. El qué?... (Marcando.)

ESCENA ÚLTIMA.

JUAN, ARTURO, PURITA, DOÑA BRÍGIDA.

BRIG. (Muy á tiempo.) La loteria! (Á Arturo.) Tome usted la lista grande. Para usted esta carta. (Dándosela á Jnan.)

JUAN. (Abriendo la carta.) Casado! (Qué hueso se le habrá roto al escribano?) (Sigue leyendo para sí.) (Esto es inaudito!) Oye, Arturo.

ART. Deja... el treinta y siete... por dos puntos... El treinta y nueve... nuestro número!

BRIG. Qué suerte!

PUR. Y cuánto?

PUR. Un décimo! doscientas pesetas... ochocientos reales!... Descontaremos de aquí seis duros que quedé á deber en la fonda.

JUAN. Sí; y cuarenta para la Hacienda, por razon de legado entre parientes.

ART. ¿De modo que nuestra fortuna...

JUAN. Ha sido LOS DINEROS DEL SACRISTAN...
(Al público.) Más si logramos oir
vuestros aplausos sinceros,
han de ser unos dineros
muy gratos de percibir.

FIN DEL PASILLO.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *M. Murillo*, calle de Alcalá, y de *S. Calleja*, calle de la Paz.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.